

NOVEDADES

MEXICO EN LA CULTURA

HOMENAJE A

ALFONSO REYES

7

de octubre de 1951 Suplemento a cargo de Fernando Benítez y Miguel Prieto

Núm.

140

ALFONSO REYES



En su mesa de trabajo. —Foto de Gisel Freund.—

HOMENAJE

A

Alfonso REYES

Hace dos meses Alfonso Reyes sufrió su tercer infarto y estuvo a punto de morir. Las inquietudes y la pena unánime que en México provocó esta noticia pueden dar una idea de lo que es para nuestra patria Alfonso Reyes. Niño precoz —"rechinen los dientes la percha y la envidia"— desde hace cuarenta años el arte y el servir a México son una parte de su vida. De la armonía, propósito esencial del arte él es un ejemplo admirable porque a la sabiduría, a la poesía, al dominio de su oficio, une sus virtudes varoniles y su profundo amor a la tierra. No hay paisaje nuestro, ni episodio de historia, ni hazña de cultura donde no se le encuentre. Lo griego, lo español, lo francés, lo americano le son familiares en la medida en que es universal y en que el arte del mundo circula libremente para todos. Reyes es un humanista en el más elevado sentido de la palabra. Espíritu hecho palabra; vida transformada en lección. Su pasión intelectual, su fervor de artista lo han convertido en un héroe moderno: ha caído postrado por la continua tensión de su espíritu, por su entrega a la tarea creadora.

Este Suplemento, dedicado a rendirle un modesto homenaje, reúne algo de su obra. El poeta, el ensayista, el crítico, el historiador dejan aquí su huella; apenas un eco del poderoso aliento henchido de fuerza que anima su gigantesco trabajo. Antología inconclusa, fragmento que no alcanza a recomponer su torso de atleta, sirva al menos para llevar hasta su lecho de enfermo, el emocionado tributo que le rinde la legión de sus admiradores y de sus amigos.

F. B.



Logra organizar lo organizable..

LAMENTO,

a la muerte de

Otfried MULLER

Por ALFONSO REYES

H OY quiero cantar del mitólogo, a cuya frente ceñiremos el laurel del furor, bajo el vuelo de las nueve musas propicias. Quién es aquel que, en pleno vigor de la edad, se adelanta sobre las marismas del Copac, y toda una noche, hostigado por el mar, se despierta respirando las mareas insubribles?

Desde el fondo de las horas caniculares, esponja sus plumas la noria del simbólico alción. Al filo de la media noche la calma es tanta, que las crines de los caballos penden como una lámina metálica; y los hombres de los lagos, con un vago terror de marinos, observan la inmovilidad de la caza, que una de ellas se desliza, súbita a plomo en el aire. La llama sale del hogar tan dura como una cresta de oro. Toda la noche ha buscado ese hombre entre los escombros el misterio escondido, al fulgor de una luz delgada, dando aquí y



Alfonso y su perro "Katia". —Foto de Gisel Freund.—

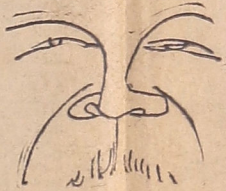
do con cautela, para no estropear los fardos oscilantes, en tanto que los arrieros bostezan hacia el cielo, vislumbrando, por las mal cerradas pestañas, remontar el carro de los astros. Esta es la época del año en que conviene gobernar nuestros cuerpos con pasatiempos moderados.

SIGUE EN LA PAGINA 3, COL. 2



Una última fotografía de Reyes. —Gisel Freund.—

SONETOS



III

LAMENTACION DE NAVIDAD

Señor, mi Dios, corona de los mundos, rey de la Biblia, voz de los arcanos: hiéreme con tus dientes iracundos, úsame como una de tus manos;

Dame obras qué cumplir; hazme profundos signos con que me atiendan mis hermanos; o hazme volar, como haces con los granos hasta la tierra en que serán fecundos.

Asombros quiero, porque estoy lloroso, y de tu majestad sentir las huellas para seguir mi rumbo proceloso.

¡Surge, pues, con tu azote de centellas; y sobre el universo clamoroso, rueda tu carro, castigando estrellas!

III

ERIGONA DICE A DIONISIO:

Ya no te negaré lo que pedías... ¡Sí, desde que supe el sabor de las vides, sólo vivo por ver si te decides a perseguir lo que antes perseguías!

¡Oh, dios alegre! A las afrentas mías, mirando que te niego lo que pides, vuelve a trocarte en pámpanos y en vides; renueva, oh dios, la fiebre que tenías

por besar besos en mi boca; adorna y oculta el beso tras las uvas negras; con los racimos a llamarme torna,

y yo a morder, con la querencia y gusto, vendrá tu boca viva tras las negras uvas, que me dejaron ansia y susto.

Nuestro Don ALFONSO EL SABIO

(amén de cosas mejores)

Por el doctor Alfonso Méndez Plancarte

Y A cuarenta años —fértil— de no dar paz ociosa al alma y los tercios, son los que van corriendo entre las "Cuestiones Estéticas" (1911) y su último o penúltimo libro de hoy (1951). Y entre esas dos columnas —bajo ese puente dilatado y erguido—, ¡qué soberbio raudal de mejicanidad y de hispanismo, de europeidad y universalidad, y —siempre y ante to-

te aludir a algunos de sus áureos trofeos: "Supugnas y Diferencias", "El Realismo y el Imaginario", "Capítulos de Literatura Española", "Cuestiones Estéticas", "El Mínimo Entre Nosotros", "La Crítica en la Edad Ateniense", "La Antigua Retórica", "Pasado Inmediato", "La Experiencia Literaria", "Junta de Sombras", "Letras de la Nueva España"... El multifórme y lúcido y sutil poeta de "Huellas", "Pausa", "Ifi-



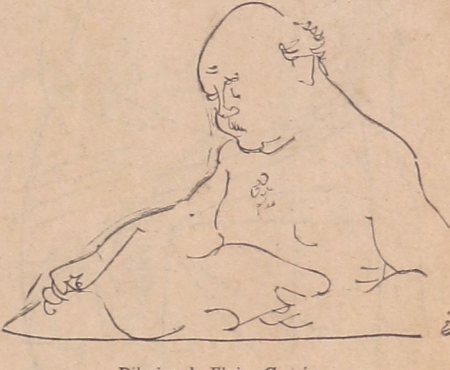
Manuelita y Alfonso en su comedor —Foto G. Freund.—

do— de alto humanismo; ¡qué río magnífico y paternal, —rey de los otros ríos caudalosos—, de belleza y doctrina y noble espíritu, en prosa y en verso!

Crítico alado y penetrante y doctísimo —ya desde su increíble madurez casi adolescente—, bas-

genia Cruel", "Romances del Río de Enero", "Minuta", "Otra Voz", "Romances y Afines" y "La Vega y el Soto", o varios otros deliciosos pequeños libros de rimas, con igual eminencia de armonía descuella en lo horaciano y hel-

SIGUE EN LA PAGINA 3, COL. 2



I.—HAZANAS

PLUGO infundir entonces a Pallas Atena valor y audacia únicos en Diomedes Tídeo, por que a todos los dáneos ofuscase su fama. Su casco y su paves en fuego centellean como el astro de otoño que baña el mar. Prendida en su busto y sus sienes la inextinguible llama, hasta el mayor tumulto la diosa lo acarrea y lo planta en el centro mismo de la pelea.

Sacerdote de Hefesto en la ciudad de Ilíon fué Dares, opulento e intachable varón. Sus dos hijos, Fegeo e Ideo, campeones en todos los combates, que ocupaban un carro, cerraron sobre el incógnito Diomedes de Tídeo abriéndose camino entre los pelotones, y él echando pie a tierra los aguardo bazarro. Al enfrentarlo, el asta le disparó Fegeo; pasó encima del hombro siniestro del Tídeo sin rozarlo; mas éste, con un bote derecho, entre las dos tetillas lo hirió en mitad del pecho, y allí lo derribó donde perdió la vida. Abandonando el carro saltó Ideo sin tino y ni oía siquiera recobrar a su hermano. Lo acechaba la negra muerte; pero al destino lo hurta Hefesto, envolviéndolo en denso nubarrón, por no aumentar la culpa del sacerdote anciano. El hijo de Tídeo alza sin dilación la brida, y los caballos ceden a sus compañeros para que los conduzcan a los corvos veleros.

Y a los teucros indómitos las salta el corazón al ver que entre los carros rueda un hijo de Dares mientras el otro huye.

Al furibundo Ares y dice: —¡Oh Ares, Ares funesto a los humanos, que te ahitas de sangre y murallas volteas!

Dejamos que diriman a solas su pelea aqueos y troyanos, y el Padre Soberano dé la gloria a quien toque. ¿O es que acaso deseas que nuestra intemperancia su cólera desboque?

Y alejando al ardiente Ares de la refriega, lo lleva de Escamandro hasta la fértil vega,

Los dáneos avanzan sobre los pelotones troyanos. Cada jefe da muerte a un enemigo. Al corpulento Odio, caudillo de halizones, hace caer del carro que le sirve de abrigo el rey Agamemnon; en la fuga, le envasa la pica por el dorso, el pecho le traspasa, y el fragor de las armas acompaña el derrumbe.

Festo, hijo del meonío Boro, nacido en Tarne, de Idomeneo al golpe terrible sucumbe, que del hombro derecho le rompe hueso y carne al trepar en el carro. Lo envolvió la negrura y a manos de cretenses vino a dar su armadura.

A Escamandrio alcanca Menelao el Atreído, aquel hijo de Estrofo y diestro cazador, que Artemisa enseñó a rastrear las fieras del monte y la espesura. No salvaron su vida ni el ser tan consumado y experto tirador, ni la predilección de la divina Arquera: quiso escapar, y el dardo le pasa espalda y pecho, y rueda entre el fragor de todos sus pertrechos.

Meriones dió muerte a Fereclo el Teotónida, nieto de Ilustre artífice, el afamado Hermonida cuyas artes placían a Pallas Atena. Fereclo, que ignoraba los decretos divinos, fabricó de Alejandro los barcos peregrinos, causa de tanta ruina para la gente aquea, y para los troyanos y aun su propio destino. Lo traspasa Meriones por la nalga derecha, rompe el hueso, y le deja la vejiga deshecha. Cayó el triste de hinojos con un mortal gemido.

Bastardo de Antenor era el bravo Pedeo: la divina Teano, dócil a su marido, entre sus propios vistagos lo había recogido. Lo hirió en la nuca Meges, el hijo de Filco; cortó la lengua el bronce y asomó entre los dientes; cayó el guerrero al polvo mordiendo el bronce frío.

Mató a Hipenor divino —hijo de Dolopión a quien cual dios venera el pueblo reverente y lo hizo sacerdote en Escamandro el río— Eurípilo, cachorro del aselero Evemón. El brazo le cercena de un tío con la espada; rueda el brazo dejando la tierra ensangrentada; roja la muerte acude, y el implacable hado, para nublar los ojos del teucro venerado.

Tal iban combatiendo sin dar paz a la mano. Mas no se entiende al pronto si el hijo de Tídeo anda con los aqueos o bien con los troyanos, pues toda la llanura con impetu barria, como hinchado torrente que se desborda, y tumba los diques, y derrumba los setos, y arrebató los vergeles e inunda la tierra labrantía, si Zeus de repente su tempestad desata, burlando la paciente labor del campesino. Muchos eran los teucros, mas nadie resistía al hijo de Tídeo, que era un torbellino.

Al ver al atrevido hijo de Licón que provoca Diomedes tamaña confusión y recorriendo el campo los haces despedaza, tiende el arco, y al tiempo que el caudillo lo agrede, por la hombrera derecha y sobre la coraza, que se tiñó de sangre, logra hincarle la flecha; y grita jubilosamente:

—¡Arremetad, valientes caballistas troyanos! Ya queda mal herido el más temible aqueo, e irremisiblemente habrá de doblegar al golpe recibido, o no habrá sido Apolo quien me trajó de Licia!

Así exclama cegado por su propia pericia: mas no pudo la flecha acabar con Diomedes, quien hasta sus bridas y carro retrocede para rogar a Esténelo:

—¡Baja y no me abandones, hijo de Capaneo! La saeta traidora arráncame del hombro!



ILÍADA

ARISTIA DE DIOMEDES

(FRAGMENTO)

La quinta rapsodia nos ofrece por primera vez un cuadro característico de la Ilíada: la presentación de una figura heroica en primer término, en la culminación de sus hazañas, su aristia o "principalia" como otros proponen. En el caso, la culminación de Diomedes se prolonga hasta la primera mitad de la sexta rapsodia. La de Agamemnon ocupa la undécima; la de Patroclo, la décimasexta; la de Menelao, la décimaséptima. La mayor singularidad está en la capacidad de Diomedes para combatir contra los dioses: 1) Atena le infunde un valor sobresaliente (I-8); 2) renueva su influjo cuando el héroe es herido por Pandaro, y le concede el don de reconocer a los dioses mezclados en la batalla, pero le recomienda que sólo se atreva a combatir contra Afrodita (125-130); 3) Diomedes ataca y hiere a Afrodita y, como ella se queja con su madre Dione, ésta le recuerda "que quien a un dios se atreve no alcanza la vejez" (340 y ss. y 377 y ss.); 4) Diomedes, enfurecido, ataca al propio Apolo, que lo obliga a retirarse (438-451); 5) Diomedes retrocede al reconocer a Ares y ordena a los aqueos que se replieguen (503-514); 6) Atena autoriza a Diomedes para combatir

Esténelo se apea: saca la flecha; tiñe la sangre a borbotones las mallas de la túnica. Y Diomedes implora a la hija de Zeus:

—¡Indomable Atena! Tú que siempre a mi padre favorecer solías en los azares bélicos, préstame tu favor: ponme a tiro de lanza al que así se gloria de hurtarme a las caricias del sol resplandeciente, y deja que mis manos castiguen al traidor Y Pallas Atena le devolvio apiadada el vigor de los miembros y las manos valientes, ausurrando a su oído con palabras aladas:



—Recóbrate, Diomedes, y ataca con valor. Ya te infundí el arroyo de tu progenitor, el jinete Tídeo del irrequieto escudo; ya devolví a tus ojos renovado fulgor para que no confundas los hombres con los dioses. Si encuentras a Afrodita, lánzale el bronce agudo, mas a otras deidades no te enfrentes ni acosas.

Alejóse Atena, y el Tídeo al instante recuperó su sitio entre los delanteros. Si hasta ahora luchaba con ánimo pujante, ahora se descubre con triplicados bríos. Así el león que ataca un retil de carne, si, levemente herido, retorna más bravo, y pálido el zagal por el cubil se aleja, mientras las indefensas y lanudas ovejas van unas sobre otras cayendo amontonadas, hasta que salta el seto la fiera ya saciada, por las filas troyanas y con furia pareja irrumpía Diomedes.

Y de un solo empujón, acaba con Astínoo y el caudillo Hipirón. Al uno la tetilla le hunde con la lanza, y al otro de un gran tajo le rebana de cuajo cuello y nuca y clavicula, por la articulación del hombro.

Allí los tiende, y luego se abalanza sobre los dos hermanos Polido y Abante, los hijos del anoso augur Euridamante. No descuido de fijo sus sueños el anciano, pues que así los dejó partir en derecha a morir en las manos del altivo Diomedes, que, en viéndolos por tierra, cobró sus armaduras.

A Janto y a Toón seguidamente agrede. Prole única de Fénopé, ya por la edad postrado —quien sólo para ellos guardaba sus tesoros—, a entrambos el Tídeo robó la dulce vida. Nunca más los vió el padre regresar a su lado, y vencido de pena se deshacía en lloro; y más tarde, otros deudos partieron el legado.

Diomedes para el carro de Cromio y Equemón, hijos ambos de Priamo Dardánida, León, que entra por la manada y deja el cuello roto a tal vaca o ternera que pacía en el soto, así los precipita de su carro ligero, atavíos y armas bruscamente les quita, y da a sus compañeros el tiro y los corceles para que los conduzcan a sus propios bajíos.

2. FIN DE PANDARO

DESDE lejos Eneas ve al guerrero, y advierte que en las filas troyanas va sembrando la muerte. A Pandaro, el divino hijo de Licón, busca abriéndose paso entre el fragor marcial, y al ver al campeón se detiene y exclama:

—¿Qué de tu arco, Pandaro, y tus flechas veloces? ¡No velas por tu fama! Si aquí no hay tu igual y en Licia por primero todos te reconocen, es, tiende las manos al Zeus poderoso y ensaya tu saeta contra ese coloso que así confunde y diezma los haces de troyanos

y quiebra las rodillas de tantos combatientes. Temo no sea un dios el que nos extermine, porque se haya olvidado de honrarlo nuestra gente, pues es irresistible la cólera divina.

Y le responde el prócer hijo de Licón: —¡Eneas, consejero de los teucros armados de bronce! Pareciera Diomedes el osado; su escudo reconozco, su altanero morrión, y aun sus mismos corceles; mas si es una deidad yo no sabré decirlo. Si fuere el afamado Tídeo, al ver su furia que por instantes sube, fuzzo que un dios le infunde tal impetuosidad,



las flechas le desvía que zumban a su lado y le guarda la espalda con un jirón de nube. Ha poco, una saeta logró hincarle en el hombro derecho; no lo quiso Aídono, y me asombró de verlo vivo aún. ¡Si será un dios airado? No tengo aquí bridades ni carro preparado, aunque allá en el palacio del viejo Licón quedaban once espléndidos carros bien enfundados, de sólidos arcos y rica construcción, provisto cada uno de su par de caballos con avena nutridos y con blanca cebada. Cuando me despedí de la hermosa mansión mi padre, entre otras cosas, me repelió: —¡Y hallo que el anciano guerrero tuvo razón sobrada, que siempre desde el carro condujera mi gente. No quisiera obedecerlo, por creer imprudente que corceles tan hechos a vida regalada se encontrasen sin pasto en la ciudad sitiada. Vine, pues, como infante a la guerra de Ilíon fiado al solo arco, que de poco me vale. Fleché a Menelao y a Diomedes Tídeo, causé a los dos sangrientas y mortales heridas, y sólo me fué dable fortalecer su aliento. El arco he descolgado sin duda en mal momento cuando a la amena Ilíon emprendí mi camino por servir con mis huestes a Héctor el divino. ¡Ay, si con estos ojos mi patria vuelvo a ver, mis techos, mi espaciosa mansión y mi mujer, o rompo yo este arco para arrojarlo al fuego, ya que de nada sirven ni él ni mi destreza, o que un enemigo me corte la cabeza!

Mas el caudillo Eneas, para darle sosiego: —No digas eso —exclama— que todo habrá mudado si mi carro aprovechas y arremetechas juntos a ese varón osado. Apresáras al punto la ayuda que nos prestan los corceles de Tros, ora ataquen o huyan, el campo recorriendo de uno a otro lado; y si al Máximo Dios place aún dar victorias al Tídeo tremendo, nos llevarán indemnes hasta Troya a los dos. Aquí tienes el látigo y las lustras bridas, yo al suelo saltaré para luchar a pie, o yo cuido los brutos y tú la arremetida.

Y le replica el claro hijo de Licón: —Llévate el corvo carro y guía los corceles, que cederán mejor al conocido auriga si el hijo de Tídeo nos gana la ocasión: no sea que, espantados, si nobles y fieles, se ataquen o desboquen fallos de voz amiga, y a merced entregándonos del hijo de Tídeo, éste nos dé la muerte y guarde por trofeo los solipedos. Guíalos y de tu carro cuida, mientras yo con la lanza paro la acometida.

Así diciendo, trepan a la labrada biga. Tiéndese los bridades en aliger acoso rumbo al Tídeo. Esténelo, hijo del hazafoso Capaneo, lo advierte:

—¡Fuerza es que te lo diga, oh Diomedes —le grita—, caro a mi corazón!

Van sobre ti dos bravos de linaje supremo y progenie orgullosa —uno, de Licón; otro, del claro Anquises y Afrodita la diosa—; el diestro arquero Pandaro y Eneas. Recobremos

el carro, y cesa ya de andar por los extremos en furiosa batida contra las avanzadas. Retrocedamos pronto, que tiemblo por tu vida.

Le contó Diomedes, sombría la mirada: —¡En vano hablas de fuga, que yo no sé batirme en retirada, y menos me resigno al temor! No he de subir al carro, que aun tengo vigor, y así como me ves los retaré a pie firme, pues Pallas Atena no me deja temblar. Lejos no han de llevarlos sus corceles ligeros, concediendo que alguno se me pueda escapar. Escúchame y penetra de lo que digo y quiero: Si Atena la sabia me otorga el sin igual honor de exterminarlos, amarra al barandal nuestros veloces brutos y ve por los de Eneas; no les dejes que vuelvan a poder de troyanos y entrálos prontamente por las tropas agneas de recias grebas. ¡Mira que en la casta suceden a los que Tros obtuvo el Zeus soberano, graciosa recompensa por su hijo Ganímedes, y ni el sol ni la aurora los han visto mejores! Burlando el nieto Anquises al rey Láomedonte, les ayuntó sus yeguas, pese a los criadores. Sels potros tuvo: a cuatro dió su presepio abrigo, y con los dos, Eneas —¡oh, gloria del que afronta el riesgo de quitárselos!— ausela al enemigo.

Mientras ellos confieren, ya Pandaro y Eneas se acercan acuciando los ágiles corceles, y el claro Licónida los enfrenta y voca:

—¡Templado corazón, belicoso varón, brote del gran Tídeo! Pues fué mi flecha imbele, veamos si mi lanza resulta más dañina.

Dijo, y enderezando la larga jabalina, da un bote, y el agudo borme pasa el escudo y apenas la coraza rasguña del Tídeo. Y el prócer Licónida vociferó en seguida:

—¡De claro en claro herido por medio del jar! ¡De ésta no te libras, resistirlo no puedes! ¡Oh, gloria singular!

E imposable Diomedes

le dice: —Te equivocas, marraste, y sólo espero que persistáis entrambos hasta que uno ruede, de sangre hartando a Ares, despiadado guerrero.

Dijo. Asestó la lanza: Atena la guía. Entre ojos y nariz, rompe los blancos dientes, sale la lengua y sale por bajo del mentón. Pandaro se despioma del carro en agonía. Resonaron sus armas labradas y luentes; piafaron los briosos corceles, y el varón entregó con el hálito vigor y valentía.

3. AFRODITA HERIDA

SALTA del carro Eneas, dardo enhiesto y escudo, y empieza a defender contra los adversarios el cadáver de Pandaro como león sañudo. Cúbrole con su guardia, embrizado y alerta, y amenaza de muerte con gritos temerarios a quien ose acercarse. La diosa Atena acierta a recoger del suelo enorme pedregón que dos hombres de hoy no podrían alzar. Eneas lo recibe de lleno en la cadera: desgarróle la piel, y uno y otro tendón y el cuenco de la cadera le vino a desgajar por la junta del muslo. Sacó la mano fuera, y apoyado en la mano se derrumbó de hinojos, mientras la densa sombra le velaba los ojos.

De juro el rey Eneas hubiera sucumbido si su madre Afrodita, la hija del Cronión —quien le dió el ser por obra de Anquises el boyero—, con sus candidos brazos no protegió al herido, hurtándole en los fulgurios sus brazos su ropón al bronce de los dáneos de corceles ligeros que, pasándole el pecho, lo dejaban tendido.

En tanto que Afrodita a Eneas arrebató, Esténelo no olvida la orden del Tídeo: aparta de la brega su tiro, y por la brida al barandal del carro sus dos corceles ata; apaña los crinados corredores de Eneas, de las troyanas filas los pasa a las aqueas, y los cede a Deipilo en quien confía —sabe que es el más precavido de toda la camada— para que los resguarde en las concavas naves. Recobra luego el carro y las lustras guías, y encamina los brutos de pesadas pesadas al lado de Diomedes, quien ahora seguía con el sediento bronce a Cípris española: pues la conoce endible: no como las deidades Atenas o Enio, castigo de ciudades, señoras de la liza, sosten de las mesnadas. Cuando logra Diomedes dar alcance a la diosa que por entre la turba huya temerosa, rasguña al tierno pulso su aguda jabalina, de paso desgarrándole la túnica divina, hechura de las Gracias. Brotó el sagrado teor que en vez de sangre tienen los seres celestiales, pues que, sin pan terrestre ni vino embriagador, a la vez se conservan exangües e inmortales. Soltó al hijo la diosa prorrumpiendo en gemidos, y Apolo en densa nube desapareció al guerrero; no fuera que los dáneos de corceles ligeros, traspasándole el pecho, lo dejaban tendido.

Presto siempre al combate, el Tídeo voca:

—¡Atrás, hija de Zeus! ¡Huye de la pelea! Sáciate seduciendo a las pobres mujeres, que el fragor de la lucha, por lejano que sea, ni pienso que te incumba ni que tú lo toleres!

Dijo. Cía la diosa airada y afligida. Iris de pies aligeros, asiéndole la mano, la saca del tumulto. Ya le escuece la herida y la piel se amorata.

Por la izquierda del llano, Ares el furibundo contemplaba el combate, uncidos los caballos y el asta reclinada en una nube. Cípris gime:

—¡Querido hermano! ¡pidiéndole los brutos de áureas cabezas—, ¡Tenme piedad y acórrenme, que me agredió ese humano, el Tídeo, capaz de enfrentarse al Cronión!

SIGUE EN LA PAGINA 1, COL. 4



MADAMA LUCRECIA, último amor de Don Alfonso el Magnánimo

1. LA NUEVA LUCRECIA

ERA el año de 1809. Las demoliciones en torno al monumento de Víctor Manuel en Roma, descubrieron un día el antiguo callejón de Madama Lucrecia. Ahora bien, un busto colosal de mujer, con la cara completamente borrada —Palacio de Venecia, extremo de la fachada de San Marcos—, era también popularmente el nombre de "Madama Lucrecia". El pueblo, asociando el nombre al recuerdo de la antigua Lucrecia, causa de la ruina de la monarquía romana, había hecho del busto un objeto de superstición nacional. Se juraba por madama Lucrecia, y algunas veces el busto aparecía tocado con un gorro ridículo, el cuello ceñido con una banda o fénico de rojo el rostro. Pero los eruditos opinan que el busto no representa a la esposa de Colatino. Según aquel, es la esfinge de alguna diosa del Lacio, según el otro, la diosa de Egipto, cuyo culto vino a Roma en tiempos de Sila. También pudiera ser —reflexión que los más prudentes— cualquiera emperatriz o fama romana disfrazada, por lujo o por voto, con los arreos de Isis. ¿Quién es, pues, esa madama Lucrecia que ha dado su nombre a la calleja y, quizás, por vecindad, al antiguo busto?

En 1826 Prospero Merimee, que tenía veintitrés años y estaba en Roma, fue a visitar la casa de madama Lucrecia, que era en el callejón, la número 13. La vieja que la guardaba le contó una absurda historia de amor y trágica, en que los Tarquinos, los emperadores de Roma y los Borja se confundían. Tal amalgama había hecho el pueblo, y la imaginación popular con los metales tradicionales.

Pero, palmo a palmo, las explosiones de los cables —Benedetto Croce el primero— remueven el terreno, descubren los mutilados despojos y reconstituyen la historia de otra Lucrecia, la que ha dado nombre a la calle donde vino a morir. Es una Lucrecia d'Alagno, del tiempo del Renacimiento, que supo arrullar los últimos sueños de don Alfonso I de Aragón. Pasolini, que cuenta su vida con auxilio de manuscritos inciertos, la resume así: "Reinas de belleza y de honores, sueños y ambiciones en la corte napolitana, desilusiones, peligros, peregrinaciones, alanzas, modesto retiro en Roma, que le dio sepultura".

En cuanto a su tratamiento de "Madama", puede considerarse como un vestigio del paso de Anjou por Italia.

2. LA "DONNA ANGELICATA"

Era Lucrecia la mas hermosa de las cuatro hijas del senador Nuncio d'Alagno. Su madre, de Anagni, se había trasladado a Nápoles con su familia. Lucrecia tendría a la sazón quince o dieciséis años.

Era el magnánimo don Alfonso I, rey de Aragón, rey de Nápoles, señor de Sicilia, guerrero y generoso señor, protector de los fugitivos de Constantinopla, hombre enamorado y sensible. Alfonso I y su esposa, doña María de Castilla, continuaban en España, enferma.

Advierce Croce, que, leyendo las crónicas napolitanas de la época, se nota en los últimos años del conquistador de Nápoles, la influencia de algún elemento nuevo, "algo ruidoso y fascinador, dulce y voluptuoso, que se manifiesta en todos sus actos, y transformando cada vez más al reposo y a la soledad de la vida campesina".

El trato con aquella niña proporcionaba al soberano un raro salto entre los graves cuidados del Gobierno. Su encanto, su timidez y su honestidad, se alarga así por más de quince años, hasta la muerte de don Alfonso. Y Lucrecia viene a ser sin escrutinio, la verdadera reina de Nápoles.

¿Como comenzó esta amistad? La víspera del San Juan de 1448, cuando el rey pasaba a caballo frente a la casa de Lucrecia, por Torre Annunziata, seguido de numeroso cortejo, la niña —según costumbre tradicional de las muchachas napolitanas, y con el arroyo de la inocencia— le presentó al vaso de cebada —le pidió el donativo para sus bodas—. El rey, turbado, hace que su paje le entregue una bolsa llena de oro.

—Me basta una sola moneda del rey— dice la niña.

Y el desfile continúa, volviendo el rey la cabeza de tiempo en tiempo. Poco después, para estar cerca de Lucrecia, se había construido, junto a la casa del senador, la Torre del Graco, residencia, en efecto, humilde.

Allí pasaba las noches y los días, en el jardín de Lucrecia. Entonces los cronistas dan en llamarla "Castissima Venus", y los poetas de la corte le celebran con aquel estilo retórico a la moda. Entre los españoles, la cantan Pedro Torrealba, Carvajales, Tapia, Suero de Ribera le dice:

Doncella de gran valia,
en extremo singular,
Por quien dicen el canari:
"Pará mi me la guerra".

Cuando Ausias March, desde Valencia, escribe al rey Alfonso, viéndole que le regaló un halcón, espera obtenerlo de la intercesión de Lucrecia. La respuesta, llevada de la mano a su dama, a la derecha, es una delicada

pugna, corrige los ardores del rey, defendiéndose, lo sujeta. Por eso podía decirle Tapia:

Vos fuistes la combatida,
que venció al vencedor,
vos fuistes quien por amor
jamás nunca fue vencida.

Un día, ya decadente don Alfonso, al ir a visitar la casa de madama Lucrecia, pudo ver a ella que en el Arco de Triunfo del rey Alfonso, marcha delante de la cuadrilla, con doble andar, desnuda el pecho. (No es ella la mujer que guía a la Victoria, la donna angelicata que desde el fondo de la pocina danzaba a amanecer las coleras del guerrero y encantar, con prestidigitos de hada, la vida opulenta del Renacimiento italiano).

El secreto de su fortuna es la castidad. La dama del rey —revelada por el heredero Fernando y tolerada por Isabel—, esposa de este, recibe los honores del pueblo y del clero, de los embajadores y hasta del emperador Federico III, huésped de Nápoles en 1482. Nada hay que ocultar donde no hay vicio. Lucrecia podía sentarse a presidir el Banquete de las Virgenes, de San Medolito.

Un día, ya decadente don Alfonso, al ir a visitar la casa de madama Lucrecia, pudo ver a ella que en el Arco de Triunfo del rey Alfonso, marcha delante de la cuadrilla, con doble andar, desnuda el pecho. (No es ella la mujer que guía a la Victoria, la donna angelicata que desde el fondo de la pocina danzaba a amanecer las coleras del guerrero y encantar, con prestidigitos de hada, la vida opulenta del Renacimiento italiano).

El secreto de su fortuna es la castidad. La dama del rey —revelada por el heredero Fernando y tolerada por Isabel—, esposa de este, recibe los honores del pueblo y del clero, de los embajadores y hasta del emperador Federico III, huésped de Nápoles en 1482. Nada hay que ocultar donde no hay vicio. Lucrecia podía sentarse a presidir el Banquete de las Virgenes, de San Medolito.

Un día, ya decadente don Alfonso, al ir a visitar la casa de madama Lucrecia, pudo ver a ella que en el Arco de Triunfo del rey Alfonso, marcha delante de la cuadrilla, con doble andar, desnuda el pecho. (No es ella la mujer que guía a la Victoria, la donna angelicata que desde el fondo de la pocina danzaba a amanecer las coleras del guerrero y encantar, con prestidigitos de hada, la vida opulenta del Renacimiento italiano).

El secreto de su fortuna es la castidad. La dama del rey —revelada por el heredero Fernando y tolerada por Isabel—, esposa de este, recibe los honores del pueblo y del clero, de los embajadores y hasta del emperador Federico III, huésped de Nápoles en 1482. Nada hay que ocultar donde no hay vicio. Lucrecia podía sentarse a presidir el Banquete de las Virgenes, de San Medolito.

Un día, ya decadente don Alfonso, al ir a visitar la casa de madama Lucrecia, pudo ver a ella que en el Arco de Triunfo del rey Alfonso, marcha delante de la cuadrilla, con doble andar, desnuda el pecho. (No es ella la mujer que guía a la Victoria, la donna angelicata que desde el fondo de la pocina danzaba a amanecer las coleras del guerrero y encantar, con prestidigitos de hada, la vida opulenta del Renacimiento italiano).

El secreto de su fortuna es la castidad. La dama del rey —revelada por el heredero Fernando y tolerada por Isabel—, esposa de este, recibe los honores del pueblo y del clero, de los embajadores y hasta del emperador Federico III, huésped de Nápoles en 1482. Nada hay que ocultar donde no hay vicio. Lucrecia podía sentarse a presidir el Banquete de las Virgenes, de San Medolito.

Un día, ya decadente don Alfonso, al ir a visitar la casa de madama Lucrecia, pudo ver a ella que en el Arco de Triunfo del rey Alfonso, marcha delante de la cuadrilla, con doble andar, desnuda el pecho. (No es ella la mujer que guía a la Victoria, la donna angelicata que desde el fondo de la pocina danzaba a amanecer las coleras del guerrero y encantar, con prestidigitos de hada, la vida opulenta del Renacimiento italiano).

El secreto de su fortuna es la castidad. La dama del rey —revelada por el heredero Fernando y tolerada por Isabel—, esposa de este, recibe los honores del pueblo y del clero, de los embajadores y hasta del emperador Federico III, huésped de Nápoles en 1482. Nada hay que ocultar donde no hay vicio. Lucrecia podía sentarse a presidir el Banquete de las Virgenes, de San Medolito.

Un día, ya decadente don Alfonso, al ir a visitar la casa de madama Lucrecia, pudo ver a ella que en el Arco de Triunfo del rey Alfonso, marcha delante de la cuadrilla, con doble andar, desnuda el pecho. (No es ella la mujer que guía a la Victoria, la donna angelicata que desde el fondo de la pocina danzaba a amanecer las coleras del guerrero y encantar, con prestidigitos de hada, la vida opulenta del Renacimiento italiano).

El secreto de su fortuna es la castidad. La dama del rey —revelada por el heredero Fernando y tolerada por Isabel—, esposa de este, recibe los honores del pueblo y del clero, de los embajadores y hasta del emperador Federico III, huésped de Nápoles en 1482. Nada hay que ocultar donde no hay vicio. Lucrecia podía sentarse a presidir el Banquete de las Virgenes, de San Medolito.

Un día, ya decadente don Alfonso, al ir a visitar la casa de madama Lucrecia, pudo ver a ella que en el Arco de Triunfo del rey Alfonso, marcha delante de la cuadrilla, con doble andar, desnuda el pecho. (No es ella la mujer que guía a la Victoria, la donna angelicata que desde el fondo de la pocina danzaba a amanecer las coleras del guerrero y encantar, con prestidigitos de hada, la vida opulenta del Renacimiento italiano).

El secreto de su fortuna es la castidad. La dama del rey —revelada por el heredero Fernando y tolerada por Isabel—, esposa de este, recibe los honores del pueblo y del clero, de los embajadores y hasta del emperador Federico III, huésped de Nápoles en 1482. Nada hay que ocultar donde no hay vicio. Lucrecia podía sentarse a presidir el Banquete de las Virgenes, de San Medolito.

Un día, ya decadente don Alfonso, al ir a visitar la casa de madama Lucrecia, pudo ver a ella que en el Arco de Triunfo del rey Alfonso, marcha delante de la cuadrilla, con doble andar, desnuda el pecho. (No es ella la mujer que guía a la Victoria, la donna angelicata que desde el fondo de la pocina danzaba a amanecer las coleras del guerrero y encantar, con prestidigitos de hada, la vida opulenta del Renacimiento italiano).

El secreto de su fortuna es la castidad. La dama del rey —revelada por el heredero Fernando y tolerada por Isabel—, esposa de este, recibe los honores del pueblo y del clero, de los embajadores y hasta del emperador Federico III, huésped de Nápoles en 1482. Nada hay que ocultar donde no hay vicio. Lucrecia podía sentarse a presidir el Banquete de las Virgenes, de San Medolito.

Un día, ya decadente don Alfonso, al ir a visitar la casa de madama Lucrecia, pudo ver a ella que en el Arco de Triunfo del rey Alfonso, marcha delante de la cuadrilla, con doble andar, desnuda el pecho. (No es ella la mujer que guía a la Victoria, la donna angelicata que desde el fondo de la pocina danzaba a amanecer las coleras del guerrero y encantar, con prestidigitos de hada, la vida opulenta del Renacimiento italiano).

El secreto de su fortuna es la castidad. La dama del rey —revelada por el heredero Fernando y tolerada por Isabel—, esposa de este, recibe los honores del pueblo y del clero, de los embajadores y hasta del emperador Federico III, huésped de Nápoles en 1482. Nada hay que ocultar donde no hay vicio. Lucrecia podía sentarse a presidir el Banquete de las Virgenes, de San Medolito.

Un día, ya decadente don Alfonso, al ir a visitar la casa de madama Lucrecia, pudo ver a ella que en el Arco de Triunfo del rey Alfonso, marcha delante de la cuadrilla, con doble andar, desnuda el pecho. (No es ella la mujer que guía a la Victoria, la donna angelicata que desde el fondo de la pocina danzaba a amanecer las coleras del guerrero y encantar, con prestidigitos de hada, la vida opulenta del Renacimiento italiano).

El secreto de su fortuna es la castidad. La dama del rey —revelada por el heredero Fernando y tolerada por Isabel—, esposa de este, recibe los honores del pueblo y del clero, de los embajadores y hasta del emperador Federico III, huésped de Nápoles en 1482. Nada hay que ocultar donde no hay vicio. Lucrecia podía sentarse a presidir el Banquete de las Virgenes, de San Medolito.

Un día, ya decadente don Alfonso, al ir a visitar la casa de madama Lucrecia, pudo ver a ella que en el Arco de Triunfo del rey Alfonso, marcha delante de la cuadrilla, con doble andar, desnuda el pecho. (No es ella la mujer que guía a la Victoria, la donna angelicata que desde el fondo de la pocina danzaba a amanecer las coleras del guerrero y encantar, con prestidigitos de hada, la vida opulenta del Renacimiento italiano).

El secreto de su fortuna es la castidad. La dama del rey —revelada por el heredero Fernando y tolerada por Isabel—, esposa de este, recibe los honores del pueblo y del clero, de los embajadores y hasta del emperador Federico III, huésped de Nápoles en 1482. Nada hay que ocultar donde no hay vicio. Lucrecia podía sentarse a presidir el Banquete de las Virgenes, de San Medolito.

Un día, ya decadente don Alfonso, al ir a visitar la casa de madama Lucrecia, pudo ver a ella que en el Arco de Triunfo del rey Alfonso, marcha delante de la cuadrilla, con doble andar, desnuda el pecho. (No es ella la mujer que guía a la Victoria, la donna angelicata que desde el fondo de la pocina danzaba a amanecer las coleras del guerrero y encantar, con prestidigitos de hada, la vida opulenta del Renacimiento italiano).

El secreto de su fortuna es la castidad. La dama del rey —revelada por el heredero Fernando y tolerada por Isabel—, esposa de este, recibe los honores del pueblo y del clero, de los embajadores y hasta del emperador Federico III, huésped de Nápoles en 1482. Nada hay que ocultar donde no hay vicio. Lucrecia podía sentarse a presidir el Banquete de las Virgenes, de San Medolito.

Un día, ya decadente don Alfonso, al ir a visitar la casa de madama Lucrecia, pudo ver a ella que en el Arco de Triunfo del rey Alfonso, marcha delante de la cuadrilla, con doble andar, desnuda el pecho. (No es ella la mujer que guía a la Victoria, la donna angelicata que desde el fondo de la pocina danzaba a amanecer las coleras del guerrero y encantar, con prestidigitos de hada, la vida opulenta del Renacimiento italiano).

El secreto de su fortuna es la castidad. La dama del rey —revelada por el heredero Fernando y tolerada por Isabel—, esposa de este, recibe los honores del pueblo y del clero, de los embajadores y hasta del emperador Federico III, huésped de Nápoles en 1482. Nada hay que ocultar donde no hay vicio. Lucrecia podía sentarse a presidir el Banquete de las Virgenes, de San Medolito.

Un día, ya decadente don Alfonso, al ir a visitar la casa de madama Lucrecia, pudo ver a ella que en el Arco de Triunfo del rey Alfonso, marcha delante de la cuadrilla, con doble andar, desnuda el pecho. (No es ella la mujer que guía a la Victoria, la donna angelicata que desde el fondo de la pocina danzaba a amanecer las coleras del guerrero y encantar, con prestidigitos de hada, la vida opulenta del Renacimiento italiano).

El secreto de su fortuna es la castidad. La dama del rey —revelada por el heredero Fernando y tolerada por Isabel—, esposa de este, recibe los honores del pueblo y del clero, de los embajadores y hasta del emperador Federico III, huésped de Nápoles en 1482. Nada hay que ocultar donde no hay vicio. Lucrecia podía sentarse a presidir el Banquete de las Virgenes, de San Medolito.

Un día, ya decadente don Alfonso, al ir a visitar la casa de madama Lucrecia, pudo ver a ella que en el Arco de Triunfo del rey Alfonso, marcha delante de la cuadrilla, con doble andar, desnuda el pecho. (No es ella la mujer que guía a la Victoria, la donna angelicata que desde el fondo de la pocina danzaba a amanecer las coleras del guerrero y encantar, con prestidigitos de hada, la vida opulenta del Renacimiento italiano).

El secreto de su fortuna es la castidad. La dama del rey —revelada por el heredero Fernando y tolerada por Isabel—, esposa de este, recibe los honores del pueblo y del clero, de los embajadores y hasta del emperador Federico III, huésped de Nápoles en 1482. Nada hay que ocultar donde no hay vicio. Lucrecia podía sentarse a presidir el Banquete de las Virgenes, de San Medolito.

Un día, ya decadente don Alfonso, al ir a visitar la casa de madama Lucrecia, pudo ver a ella que en el Arco de Triunfo del rey Alfonso, marcha delante de la cuadrilla, con doble andar, desnuda el pecho. (No es ella la mujer que guía a la Victoria, la donna angelicata que desde el fondo de la pocina danzaba a amanecer las coleras del guerrero y encantar, con prestidigitos de hada, la vida opulenta del Renacimiento italiano).

El secreto de su fortuna es la castidad. La dama del rey —revelada por el heredero Fernando y tolerada por Isabel—, esposa de este, recibe los honores del pueblo y del clero, de los embajadores y hasta del emperador Federico III, huésped de Nápoles en 1482. Nada hay que ocultar donde no hay vicio. Lucrecia podía sentarse a presidir el Banquete de las Virgenes, de San Medolito.

Un día, ya decadente don Alfonso, al ir a visitar la casa de madama Lucrecia, pudo ver a ella que en el Arco de Triunfo del rey Alfonso, marcha delante de la cuadrilla, con doble andar, desnuda el pecho. (No es ella la mujer que guía a la Victoria, la donna angelicata que desde el fondo de la pocina danzaba a amanecer las coleras del guerrero y encantar, con prestidigitos de hada, la vida opulenta del Renacimiento italiano).

El secreto de su fortuna es la castidad. La dama del rey —revelada por el heredero Fernando y tolerada por Isabel—, esposa de este, recibe los honores del pueblo y del clero, de los embajadores y hasta del emperador Federico III, huésped de Nápoles en 1482. Nada hay que ocultar donde no hay vicio. Lucrecia podía sentarse a presidir el Banquete de las Virgenes, de San Medolito.

Un día, ya decadente don Alfonso, al ir a visitar la casa de madama Lucrecia, pudo ver a ella que en el Arco de Triunfo del rey Alfonso, marcha delante de la cuadrilla, con doble andar, desnuda el pecho. (No es ella la mujer que guía a la Victoria, la donna angelicata que desde el fondo de la pocina danzaba a amanecer las coleras del guerrero y encantar, con prestidigitos de hada, la vida opulenta del Renacimiento italiano).

El secreto de su fortuna es la castidad. La dama del rey —revelada por el heredero Fernando y tolerada por Isabel—, esposa de este, recibe los honores del pueblo y del clero, de los embajadores y hasta del emperador Federico III, huésped de Nápoles en 1482. Nada hay que ocultar donde no hay vicio. Lucrecia podía sentarse a presidir el Banquete de las Virgenes, de San Medolito.

Un día, ya decadente don Alfonso, al ir a visitar la casa de madama Lucrecia, pudo ver a ella que en el Arco de Triunfo del rey Alfonso, marcha delante de la cuadrilla, con doble andar, desnuda el pecho. (No es ella la mujer que guía a la Victoria, la donna angelicata que desde el fondo de la pocina danzaba a amanecer las coleras del guerrero y encantar, con prestidigitos de hada, la vida opulenta del Renacimiento italiano).

El secreto de su fortuna es la castidad. La dama del rey —revelada por el heredero Fernando y tolerada por Isabel—, esposa de este, recibe los honores del pueblo y del clero, de los embajadores y hasta del emperador Federico III, huésped de Nápoles en 1482. Nada hay que ocultar donde no hay vicio. Lucrecia podía sentarse a presidir el Banquete de las Virgenes, de San Medolito.

Un día, ya decadente don Alfonso, al ir a visitar la casa de madama Lucrecia, pudo ver a ella que en el Arco de Triunfo del rey Alfonso, marcha delante de la cuadrilla, con doble andar, desnuda el pecho. (No es ella la mujer que guía a la Victoria, la donna angelicata que desde el fondo de la pocina danzaba a amanecer las coleras del guerrero y encantar, con prestidigitos de hada, la vida opulenta del Renacimiento italiano).

El secreto de su fortuna es la castidad. La dama del rey —revelada por el heredero Fernando y tolerada por Isabel—, esposa de este, recibe los honores del pueblo y del clero, de los embajadores y hasta del emperador Federico III, huésped de Nápoles en 1482. Nada hay que ocultar donde no hay vicio. Lucrecia podía sentarse a presidir el Banquete de las Virgenes, de San Medolito.

Un día, ya decadente don Alfonso, al ir a visitar la casa de madama Lucrecia, pudo ver a ella que en el Arco de Triunfo del rey Alfonso, marcha delante de la cuadrilla, con doble andar, desnuda el pecho. (No es ella la mujer que guía a la Victoria, la donna angelicata que desde el fondo de la pocina danzaba a amanecer las coleras del guerrero y encantar, con prestidigitos de hada, la vida opulenta del Renacimiento italiano).

El secreto de su fortuna es la castidad. La dama del rey —revelada por el heredero Fernando y tolerada por Isabel—, esposa de este, recibe los honores del pueblo y del clero, de los embajadores y hasta del emperador Federico III, huésped de Nápoles en 1482. Nada hay que ocultar donde no hay vicio. Lucrecia podía sentarse a presidir el Banquete de las Virgenes, de San Medolito.

Un día, ya decadente don Alfonso, al ir a visitar la casa de madama Lucrecia, pudo ver a ella que en el Arco de Triunfo del rey Alfonso, marcha delante de la cuadrilla, con doble andar, desnuda el pecho. (No es ella la mujer que guía a la Victoria, la donna angelicata que desde el fondo de la pocina danzaba a amanecer las coleras del guerrero y encantar, con prestidigitos de hada, la vida opulenta del Renacimiento italiano).

El secreto de su fortuna es la castidad. La dama del rey —revelada por el heredero Fernando y tolerada por Isabel—, esposa de este, recibe los honores del pueblo y del clero, de los embajadores y hasta del emperador Federico III, huésped de Nápoles en 1482. Nada hay que ocultar donde no hay vicio. Lucrecia podía sentarse a presidir el Banquete de las Virgenes, de San Medolito.

Un día, ya decadente don Alfonso, al ir a visitar la casa de madama Lucrecia, pudo ver a ella que en el Arco de Triunfo del rey Alfonso, marcha delante de la cuadrilla, con doble andar, desnuda el pecho. (No es ella la mujer que guía a la Victoria, la donna angelicata que desde el fondo de la pocina danzaba a amanecer las coleras del guerrero y encantar, con prestidigitos de hada, la vida opulenta del Renacimiento italiano).

El secreto de su fortuna es la castidad. La dama del rey —revelada por el heredero Fernando y tolerada por Isabel—, esposa de este, recibe los honores del pueblo y del clero, de los embajadores y hasta del emperador Federico III, huésped de Nápoles en 1482. Nada hay que ocultar donde no hay vicio. Lucrecia podía sentarse a presidir el Banquete de las Virgenes, de San Medolito.

Un día, ya decadente don Alfonso, al ir a visitar la casa de madama Lucrecia, pudo ver a ella que en el Arco de Triunfo del rey Alfonso, marcha delante de la cuadrilla, con doble andar, desnuda el pecho. (No es ella la mujer que guía a la Victoria, la donna angelicata que desde el fondo de la pocina danzaba a amanecer las coleras del guerrero y encantar, con prestidigitos de hada, la vida opulenta del Renacimiento italiano).

El secreto de su fortuna es la castidad. La dama del rey —revelada por el heredero Fernando y tolerada por Isabel—, esposa de este, recibe los honores del pueblo y del clero, de los embajadores y hasta del emperador Federico III, huésped de Nápoles en 1482. Nada hay que ocultar donde no hay vicio. Lucrecia podía sentarse a presidir el Banquete de las Virgenes, de San Medolito.

Un día, ya decadente don Alfonso, al ir a visitar la casa de madama Lucrecia, pudo ver a ella que en el Arco de Triunfo del rey Alfonso, marcha delante de la cuadrilla, con doble andar, desnuda el pecho. (No es ella la mujer que guía a la Victoria, la donna angelicata que desde el fondo de la pocina danzaba a amanecer las coleras del guerrero y encantar, con prestidigitos de hada, la vida opulenta del Renacimiento italiano).

El secreto de su fortuna es la castidad. La dama del rey —revelada por el heredero Fernando y tolerada por Isabel—, esposa de este, recibe los honores del pueblo y del clero, de los embajadores y hasta del emperador Federico III, huésped de Nápoles en 1482. Nada hay que ocultar donde no hay vicio. Lucrecia podía sentarse a presidir el Banquete de las Virgenes, de San Medolito.

Un día, ya decadente don Alfonso, al ir a visitar la casa de madama Lucrecia, pudo ver a ella que en el Arco de Triunfo del rey Alfonso, marcha delante de la cuadrilla, con doble andar, desnuda el pecho. (No es ella la mujer que guía a la Victoria, la donna angelicata que desde el fondo de la pocina danzaba a amanecer las coleras del guerrero y encantar, con prestidigitos de hada, la vida opulenta del Renacimiento italiano).

El secreto de su fortuna es la castidad. La dama del rey —revelada por el heredero Fernando y tolerada por Isabel—, esposa de este, recibe los honores del pueblo y del clero, de los embajadores y hasta del emperador Federico III, huésped de Nápoles en 1482. Nada hay que ocultar donde no hay vicio. Lucrecia podía sentarse a presidir el Banquete de las Virgenes, de San Medolito.

Un día, ya decadente don Alfonso, al ir a visitar la casa de madama Lucrecia, pudo ver a ella que en el Arco de Triunfo del rey Alfonso, marcha delante de la cuadrilla, con doble andar, desnuda el pecho. (No es ella la mujer que guía a la Victoria, la donna angelicata que desde el fondo de la pocina danzaba a amanecer las coleras del guerrero y encantar, con prestidigitos de hada, la vida opulenta del Renacimiento italiano).

El secreto de su fortuna es la castidad. La dama del rey —revelada por el heredero Fernando y tolerada por Isabel—, esposa de este, recibe los honores del pueblo y del clero, de los embajadores y hasta del emperador Federico III, huésped de Nápoles en 1482. Nada hay que ocultar donde no hay vicio. Lucrecia podía sentarse a presidir el Banquete de las Virgenes, de San Medolito.

Un día, ya decadente don Alfonso, al ir a visitar la casa de madama Lucrecia, pudo ver a ella que en el Arco de Triunfo del rey Alfonso, marcha delante de la cuadrilla, con doble andar, desnuda el pecho. (No es ella la mujer que guía a la Victoria, la donna angelicata que desde el fondo de la pocina danzaba a amanecer las coleras del guerrero y encantar, con prestidigitos de hada, la vida opulenta del Renacimiento italiano).

El secreto de su fortuna es la castidad. La dama del rey —revelada por el heredero Fernando y tolerada por Isabel—, esposa de este, recibe los honores del pueblo y del clero, de los embajadores y hasta del emperador Federico III, huésped de Nápoles en 1482. Nada hay que ocultar donde no hay vicio. Lucrecia podía sentarse a presidir el Banquete de las Virgenes, de San Medolito.

Un día, ya decadente don Alfonso, al ir a visitar la casa de madama Lucrecia, pudo ver a ella que en el Arco de Triunfo del rey Alfonso, marcha delante de la cuadrilla, con doble andar, desnuda el pecho. (No es ella la mujer que guía a la Victoria, la donna angelicata que desde el fondo de la pocina danzaba a amanecer las coleras del guerrero y encantar, con prestidigitos de hada, la vida opulenta del Renacimiento italiano).

El secreto de su fortuna es la castidad. La dama del rey —revelada por el heredero Fernando y tolerada por Isabel—, esposa de este, recibe los honores del pueblo y del clero, de los embajadores y hasta del emperador Federico III, huésped de Nápoles en 1482. Nada hay que ocultar donde no hay vicio. Lucrecia podía sentarse a presidir el Banquete de las Virgenes, de San Medolito.

Un día, ya decadente don Alfonso, al ir a visitar la casa de madama Lucrecia, pudo ver a ella que en el Arco de Triunfo del rey Alfonso, marcha delante de la cuadrilla, con doble andar, desnuda el pecho. (No es ella la mujer que guía a la Victoria, la donna angelicata que desde el fondo de la pocina danzaba a amanecer las coleras del guerrero y encantar, con prestidigitos de hada, la vida opulenta del Renacimiento italiano).

El secreto de su fortuna es la castidad. La dama del rey —revelada por el heredero Fernando y tolerada por Isabel—, esposa de este, recibe los honores del pueblo y del clero, de los embajadores y hasta del emperador Federico III, huésped de Nápoles en 1482. Nada hay que ocultar donde no hay vicio. Lucrecia podía sentarse a presidir el Banquete de las Virgenes, de San Medolito.

Un día, ya decadente don Alfonso, al ir a visitar la casa de madama Lucrecia, pudo ver a ella que en el Arco de Triunfo del rey Alfonso, marcha delante de la cuadrilla, con doble andar, desnuda el pecho. (No es ella la mujer que guía a la Victoria, la donna angelicata que desde el fondo de la pocina danzaba a amanecer las coleras del guerrero y encantar, con prestidigitos de hada, la vida opulenta del Renacimiento italiano).

El secreto de su fortuna es la castidad. La dama del rey —revelada por el heredero Fernando y tolerada por Isabel—, esposa de este, recibe los honores del pueblo y del clero, de los embajadores y hasta del emperador Federico III, huésped de Nápoles en 1482. Nada hay que ocultar donde no hay vicio. Lucrecia podía sentarse a presidir el Banquete de las Virgenes, de San Medolito.

Un día, ya decadente don Alfonso, al ir a visitar la casa de madama Lucrecia, pudo ver a ella que en el Arco de Triunfo del rey Alfonso, marcha delante de la cuadrilla, con doble andar, desnuda el pecho. (No es ella la mujer que guía a la Victoria, la donna angelicata que desde el fondo de la pocina danzaba a amanecer las coleras del guerrero y encantar, con prestidigitos de hada, la vida opulenta del Renacimiento italiano).

El secreto de su fortuna es la castidad. La dama del rey —revelada por el heredero Fernando y tolerada por Isabel—, esposa de este, recibe los honores del pueblo y del clero, de los embajadores y hasta del emperador Federico III, huésped de Nápoles en 1482. Nada hay que ocultar donde no hay vicio. Lucrecia podía sentarse a presidir el Banquete de las Virgenes, de San Medolito.

Un día, ya decadente don Alfonso, al ir a visitar la casa de madama Lucrecia, pudo ver a ella que en el Arco de Triunfo del rey Alfonso, marcha delante de la cuadrilla, con doble andar, desnuda el pecho. (No es ella la mujer que guía a la Victoria, la donna angelicata que desde el fondo de la pocina danzaba a amanecer las coleras del guerrero y encantar, con prestidigitos de hada, la vida opulenta del Renacimiento italiano).



EN EL HOGAR.—Foto de Gisel Freund

cha iba don Juan de Aragón hermano del rey y príncipe de Navarra. En adelante, los esfuerzos de Alfonso para consolar a su Lucrecia no conocen límite prudente. El rey se iba poniendo senil.

Al fin, cayó enfermo. La penosa enfermedad no dio tiempo a la despedida. Otros aseguran que alguien, a la puerta, le impidió la entrada a Lucrecia. El rey, sin acordarse de la palida doña María, encargó a su hijo Fernando que cuidara de Lucrecia, a quien juraba al morir haber respetado invariablemente.

La rebelión de los barones empuja a rugir contra Fernando. Entonces Lucrecia comprende que, al fin y al cabo, Fernando es el único apoyo que le queda. Y lo ayuda con su dinero y sus joyas, con sus consejos. Fernando, derrotado en Sarro, muy necesitado seguramente, cae sobre algunas posesiones feudales de Lucrecia, y entonces ella se retira, lastimada, a su castillo de Somma (1461), donde en vano pretende Fernando volverla a Nápoles.

Una vez se presenta el mismo en el castillo, y Lucrecia se refugia en otro castillo alto desde donde le envía a decir que no lo recibirá. El 2 de abril, por medio

de la duquesa de Milán, presenta Lucrecia un verdadero "ultimatum", pidiendo a Fernando la devolución de sus bienes, y amenazando con pasarse al enemigo. Poco después abandona Somma y reaparece en Bari: prefiere vagar por el mundo a ceder ante el rival Isabel un punto de su dignidad.

Entonces los que la habían cantado comenzaban a calumniarla: afirmaban que se entregaba a todos por los caminos; discuten crudamente los medios de que se valió para alcanzar el poder.

Desde Manfredonia

Alfonso REYES

Aquí y en Grecia

Por LUIS SANTULLANO

TODOS sabemos que este mexicano universal, que es Alfonso Reyes, tiene una casa de campo en Grecia, no se si a orillas del mar Egea, donde de pasa los fines de semana desde 1908, quizás desde antes, si nos atenemos a esta declaración suya referida a los años de la adolescencia: "No tardé en sentir las aficiones fundamentales que me hicieron fijar la atención en Grecia, España, Francia, Inglaterra. Al lado Italia y Alemania..." Ya esta ahí Grecia, en el primer lugar de la curiosidad alfonseana. No mucho después, en aquel 1908, aparece firmado su estudio "Las tres Electricas del Teatro ateniense", publicado en su libro "Cuestiones Estéticas". Paris, Libreria Paul Ollendorf. Alfonso tenía entonces sus 19 años bien mozos. Qué gran madrugador el para las mejores preocupaciones, pluma en ristre! Su padre, don Bernardo Reyes, valeroso militar, que había reunido una buena biblioteca y dejó entre sus papeles un croquis de la batalla de Marathon, hubiera podido escribirle como Cicerón a su primogénito: "Un año hace ya, hijo mío Marco, que, residiendo nada menos que en Atenas, así hoy Alfonso, de encontrarse viajero en Grecia, podría decir como



A los seis meses, igual que a los 60 años...



Su madre Aurelia Ochoa de Reyes.



A los sesenta años...



A los 10 años en el Liceo Francés.

Gide: "Je suis peu surpris d'être tel... Je suis comme chez moi: c'est la Grèce. Tout me parait si familier..." Pero quizás esto no le sea del todo aplicable. A Reyes no le han interesado los lugares griegos, que hubiera podido visitar en sus muchas andanzas, sino los hombres de ayer, los hombres "los dioses, a los que trata como de la familia, y así no puede sorprender que a los 34 años se haya fijado en "Ifigenia" y hecho del tema una interpretación gallardamente personal. Algo mexicano habría señalado esta predilección literaria suya...

de cuantos trataron el tema desde Grecia hasta nuestros días, supongo aquí que Ifigenia, arrebatada por la diosa Artemisa en Aulide, de manos del sacrificador, ha olvidado ya su vida primera e ignora cómo ha venido a ser, en Tauride, sacerdotisa del culto bárbaro y cruel de su divinidad protectora. El conflicto trágico, que ninguno de los poetas anteriores parece percibir, consiste precisamente en que Ifigenia reclama su herencia de recuerdos humanos y tiene miedo de sentirse huérfana de pasado y distinta de las demás criaturas; pero cuando más tarde vuelva a ella la memoria y comprende así que pertenece a una raza ensangrentada y perseguida por la maldad de los dioses, entonces siente asco de sí misma. Y, finalmente, ante la alternativa de reincorporarse en la tradición de su casa, en la vendetta de Micenas o de seguir viviendo entre bárbaros una vida de carnífera destrozadora de víctimas sagradas, prefiere este último extremo, por abominable y escabroso que sea. Y, finalmente, ante la alternativa de reincorporarse en la tradición de su casa, en la vendetta de Micenas o de seguir viviendo entre bárbaros una vida de carnífera destrozadora de víctimas sagradas, prefiere este último extremo, por abominable y escabroso que sea.

qué le interesa a Reyes esa Ifigenia, más o menos cruel? Pues bien, la solución que Alfonso Reyes da al conflicto nos dice que había de ser precisamente un latino quien encontrara esa interpretación humana, sin siendo fuerte y desagradable el conflicto planteado. Mucho debió gozar el escritor en aquel ocio suyo a la vera del mar Cantábrico. Cuando, en las tardes, dejaba rodar la rueda, y cantaba sola, a fuerza de sombra, unas tonadas en que yo sorprendo como el sabor de algún recuerdo huérfano, canciones hechas en el hilo lento, canciones confidenciales y complicadas, siempre con iguales palabras, esceden cada vez hurlos distintos y mordiscos secretos en la pulpa de la vida.



Su padre, el General Bernardo Reyes...

SIGUE EN LA PAGINA 1, COL. 6



Reyes baila con su hermana. Sólo tiene siete años y es el que encabeza el minuet de los niños...

EN CARDIOLOGIA CON ALFONSO REYES

Por J. MORENO VILLA

EL gran Alfonso está encamado en el Instituto de Cardiología por causa de un infarto del tercer. Pero ha resistido, ha triunfado. La curación será larga; de reposo absoluto. El corazón, mucho almorzador. Al visitarle, tenía Reyes el termómetro en la boca. Le saludó diciéndole: "Sabe bien que el cigarrillo de cristal? Espero a que se lo fume. Entra la enfermera y lo lee: \$7.1. Unas decenas. —Se deberá a un traguito de Whisky, que he tomado? —O tal vez a la emoción de bajar por primera vez de la cama al sillón después de tantos días—, dice ella. En efecto, a los pocos minutos ya se notó perfectamente. Como el cuarto está abierto para los visitantes, allegados y técnicos, la conversación no fluye, se entrecorta. Yo inicio la lectura de una anecdota referente a Alfonso publicada por una revista de Madrid. Nos interrumpe un papa con una linda recueta en los brazos. "Viene a despedirse de usted; ya le dieron el alta... y como le quiere a usted mucho..." —Contesta Alfonso con cariño y, como se dice en los textos teatrales, "salen".

Sigo con la anecdota porque me interesa saber si tiene su pizca de mala intención. El inventor, desde luego, para poder safarse, cambia el nombre de Alfonso por Adolfo, pero alude taxativamente al escritor mexicano. Le achaca una conferencia telefónica con

Gómez de Baquero, allá por los años de la primera guerra, como poniéndose de acuerdo con el crítico y jurado para efectos de un concurso.

Reyes hace memoria y me dice tranquilo: "No sé nada de eso". Y a continuación: "Cosas como esas caen sobre mí todos los días. Es el triunfo de los mitos. Así se forman. Nunca sabremos que idea tendrán de nosotros mañana, si es que perduramos. Deseo luego, nuestra realidad se ve alterada o tergiversada día con día con los cuentos y chismes. Ya ve usted, con motivo de la enfermedad, andan algunos diciendo que el ataque se debió a una comilona. Yo no soy glotón, usted, que me conoce de antiguo, lo sabe; soy moderado en todo. Y el Dr. Chávez, al oír este rumor comentó: "No sé que de una comilona sobrevenga un infarto cardíaco. Es la afección de mito. Hay quien dice que estoy pescando truchas en Río Bravo, y quienes me sitúan en Cuernavaca pasándola muy regaladamente. No hay remedio contra la formación del mito".

Penetra en el cuarto Manuela Reyes con una visita. Es el profesor González de la Calle, que con su figura de Greco y sus atentas palabras de hidalgo, pausadas y realcadas, transmite saludos de un personaje venido de otra república a la magna fiesta universitaria.

SIGUE EN LA PAGINA 5, COL. 1



Cabeza, por Moreno Villa.



Manuelita y los dos Alfonso... 1918

ande la tierra bajo mis plantas". Y la tierra se echó a andar con teoría y procesión de paisajes, como en los telones rodantes del Parsifal. Y la montaña viene a Mahoma; o, en fin, la casa del sujeto viene a su encuentro sin que éste se de el trabajo de moverse. (Nota: Mallarmé, o porque lo oyó decir en Inglaterra, o porque lo inventó para tener algo que contar en sus Martes, aseguraba que Thomas de Quincey nunca ingirió tanto opio como pretendía, y que más bien se había documentado en Coleridge. Lamentamos lo que haya de auténtico en el "caso Cocteau". Hemos dudado de que don Ramón abusara tanto de la marihuana como el lo dejaba entender. Baudelaire, como nosotros, se informó de segunda mano sobre los "paraísos artificiales". Ay, y aun se asegura que respecto a otros menos lejanos.) Pero nada de esto vale la visión de los cuatro mariguanos de México, el año del hambre por 1915, cuando los más desesperados decidieron sortear en sueños la tormenta. No fue aquello un caso, sino un universo exotérico, edificado sobre inverosímiles columnas, quebradizo como elegante. Tal me lo contaron Juan, José, Jesús y Francisco. Si ellos me engañaron, habrán sido en todo caso finos poetas. Como sucedió, pues, que Juan, José, Jesús y Francisco —arrastrados en una vida inconsciente y a la duermiel— se encontraron un día viviendo a costas de un monedero falso? Y al siguiente, eran ya sus cómplices activos. Francisco, el más puro o el más inepto, asomado siempre a la ventana, no tenía más oficio que vigilar y, a ser necesario, dar la voz de alarma. Se limitaba, como dice el pueblo, a "echar agua". Los otros tres trabajaban en los troques del maestro, luego pasaban la moneda y, en fin, lo pasaban lindamente. Y de veras que es tan vil el dinero que merece ser bastardeado. Como sucedió, pues, que dando trastazos de ebrios Juan, José, Jesús y Francisco se encontraron otro día instalados en una casa de los antiguos fundos eclesiásticos, casa venida a menos, pero no sin cierto tufillo de su antigua grandera, y donde ocupaban y compartían una vivienda espaciosa y destartada?

que se embriagaba antes de embarcar a manera de precaución contra el mareo. Los excesos de la marihuana a que se entregaron los cuatro amigos por más de medio año los llevaron a insospechados lugares. Crearon en torno a ellos un ambiente de frecuentaciones sobrenaturales, que poco a poco iba contaminando hasta a los meros testigos de su vicio. Si, entre los cuatro, no llegaron a crear un dios, como lo hacían, en su rapto, los coros dionisiacos, lograron por lo menos dar realidad a un duende. Valle-Inclán os habrá contado algo sobre los maravillosos efectos de la yerba: la visión que ella produce obedece a la voluntad de suerte que el sujeto, en mitad de la calle, ordena y dice: "¡Qué



Con su hijo junto a la Catedral de Toledo...

SIGUE EN LA PAGINA 1, COL. 2

FRAGMENTOS DEL ARTE POETICA

Por ALFONSO REYES
¡Qué singular te desol!
Gracian, EL HEROE

1.—TRABAJO
H tú, quienquiera que seas, poeta y sabio, para quien el arte y la ciencia aparecen como una parte más de la vida, mezcladas en las experiencias diarias e inseparables de ella: ¿has considerado a lo que te expones? Feliz, pero con felicidad envidiable, aquel "publicista" profesional que hace un solo libro cada vez, y para quien la obra es distinta de la vida. Trabaja de tal hora a tal hora en punto. Después, cierra la cortina de su escritorio y, a otra cosa. Tú, en cambio, hostigado de ideas y de motivos, a cada instante te asilas para fijar un ruego, una sugerencia, una palabra. "¿Qué escribas ahora?", te preguntan. Y tú no sabes ya si contestar con rabia o con risa: "¿Qué escribo?" Escríbo: eso es todo. Escribo conforme voy viviendo. Escribo como parte de mi economía natural. Después, las cartillas se clasifican en libros, imponiéndoles un orden objetivo, impersonal, artístico, o sea artificial. Pero el trabajo mana de mí en un flujo no diferenciado y continuo. ¿Qué estoy escribiendo? He aquí lo que estoy escribiendo: mis ojos y mis manos, mi conciencia y mis sentidos, mi voluntad y mi representación; y estoy procurando traducir todo mi ser inconsciente en esa sustancia dura y ajena que es el lenguaje, y que por desgracia no fue hecha para tan delicada tarea. Mañana todo eso se llamará la novela de tal, la comedia de tal, el poema de tal, y el ensayo sobre lo otro. Esto estoy escribiendo ahora. Pero el curso imperceptible ha renunciado a entender y hace rato que no te sigue.

Oh tú, quienquiera que seas, poeta y sabio: grandes maestros tienes, en grandes modelos puedes inspirarte. Goethe, aunque con materia más sublime, era un espíritu de tu misma familia. La obra, todo el día tejida con la existencia, se le deshacía en ensayos fragmentarios. Su realización exterior nunca alcanzaba el ritmo de su velocidad interior. A veces, contrariada su urgencia creadora por su curiosidad, el poeta con el ministro que llevaba a cuevas, casi le dio por muerto para su obra, quiso hacer en ella un corte súbito (el clásico "golletazo", dicho en términos del oficio), tentado estuvo de juntar sus fragmentos y publicarlos en montón, como quiera, al solo intento de libertarse. Al fin el genio se fue abriendo paso y logró organizar, por lo menos, lo organizable.

También Leonardo padeció este exceso de salud; también a él lo ahogaba la pléthora de sollicitaciones artísticas y científicas. Goethe y el Leonardo pueden servirte, no sólo por lo que te enseñan y estimulan, sino porque encuentras en ellos el rasgo cuando a tus síntomas y el mejor andar del peligro que corres.

Ellos se salvaron por la calidad, por la excelencia. Mil veces, una astilla de su taller vale más que toda una estatua cincelada por otros. A ti sólo pueden salvarte la paciencia y la diligencia, el esfuerzo de cada instante para articular las piezas rotas. Y, sobre todo, un gran ideal de armonía contemplado con arrobo y servido con voluntad constante. De este ejercicio, tu alma puede salir un día arquitecturada. Entonces cada palabra madurará a su tiempo, caerá sola en su sitio único. Lo que en tu obra irá encimándose como una torre necesaria.

2.—LONGEVIDAD
Pero hay que contar con la vida larga. Piensa de ti según el mito de Osiris: piensa de ti como si fueras desdichado y tuviera que juntarte diligentemente trozo a trozo. Conquistar la unidad, no sólo tu empresa artística, sino acaso tu misma humana por excelencia. Que tu destino espiritual tenga tiempo de desarrollarse. Laila la vidente que persiguió a su hermosa, gigantesca como imagen para ser puesta muy arriba—ha examinado las líneas de tu mano y te ha asegurado los ochenta y tantos años de Cetheu. Que ninguna torpeza de afuera venga a interponerse; no tropieces contra lo fortuito, no te anules en el choque contra lo indiferente o lo inútil. No quiera cada uno hacerte sardina de su ascu. Cuida tu largo curso, prescindiendo a izquierda y a derecha, de toda guerra. Me no sea tu guerra. No te atraviese la espada que no era para ti. No te dejes matar de bala perdida. Mira cómo anula la casualidad, no te hagas víctima de cosa tan ciega.

Por algo te sientes todavía tan plástico y tan lejos de cristalizar. A tu alrededor, los de tus años han llegado ya convencidos que a ti te parecen improvisadas, y han conquistado ya principios, que a ti te resultan débiles, nabeles, sobre casi todos aquellos extremos en que tú todavía te buscas y te interrogas. Tus cañones son de larga parábola y sólo alacertan a gran distancia. No te desalientes: es que tu alma tiene la figura de la longevidad. Tu órbita es otra, que el cómputo de tus años te deje cerca la trayectoria. No te desvaneceras tampoco: nadie ha probado que esto valga más que aquello. Cada uno en su curva, todos en el mundo, se adelantan con igual dignidad. Se deduce al tiempo, obliga al tiempo. Otros pueden acabar antes, peor o mejor para ellos. Tú, a tu largo viaje, tu a tu arco grande y a tu dedicación segura. Tú, a lo tuyo.

3.—PRECOCIDAD
Largo el arte y breve la vida. Luego hay que ser precóz. Y como capítulo primero, hay que haber leído todo. Mejor aún, saberlo todo; y óptimo entre lo mejor, lo antes posible. Rechinen los dientes la pereza y la envidia. Sería muy cómodo vivir colgado de un árbol, balanceándose de la cola. Pero el mundo humano es hoy lo que es, y no podemos remediarlo.

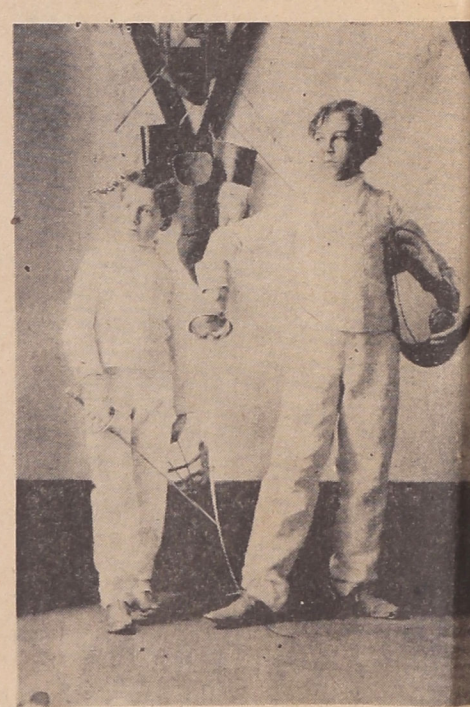
hecho los posibles versos del viejo Rimbaud, feo y endurecido? ¿A qué acompañar hasta la eclesiología al niño tempranamente azotado por el aleteo de la poesía? Si tal ha de ser tu destino, arde y desaparece. No necesitan más la luciérnaga ni la centella. Cierro que estamos, personalmente, por la longevidad. Pero de mucha, de malo a poco y bueno la elección no es dudosa.

4.—VALOR DE LOCURA
Todo lo entendía: estaba loco. La serpiente le había sabido tres veces en la boca, y ya comprendía el lenguaje de los animales,



En Deva, 1916

las plantas y las piedras. Dotado, así, de elementos superabundantes, llegaba a conclusiones del todo inútiles para los que viven en una zona más limitada de la naturaleza. A fin de que lo dejaran en paz, hacia figura de humorista. Sus profecías, sus atisbos y sugerencias trascendentes pasaban por chistes de buena ley. Su alegría misma, como una luz cuya onda demasiado rápida o demasiado lenta escapa a la ordinaria, caía fuera del espectro solar y pasaba inadvertida. Su fecundidad, penetrante como una atmósfera, no se sentía por lo mismo que se respiraba. Su compás rebasaba siempre el límite por los dos extremos. En un compás medio vive el hombre, y con este universo medio compone sus verdades. Pero aquel sabio, aquel loco, siempre más allá o más acá, o era diminuto o enorme. Si diminuto, solía pisar sobre el hombre y atravesarlo a su paso sin darse cuenta; si enorme, solía, al contrario, salvar de un tranco la cabeza de su semejante, como se salva una piedrecita sin tocarla. Había anulado las apariencias de lo intermedio: las nociones de espacio y tiempo se le deshacían en la intuición de lo planetario, y las



1902.—Alfonso con su hermano Alejandro.

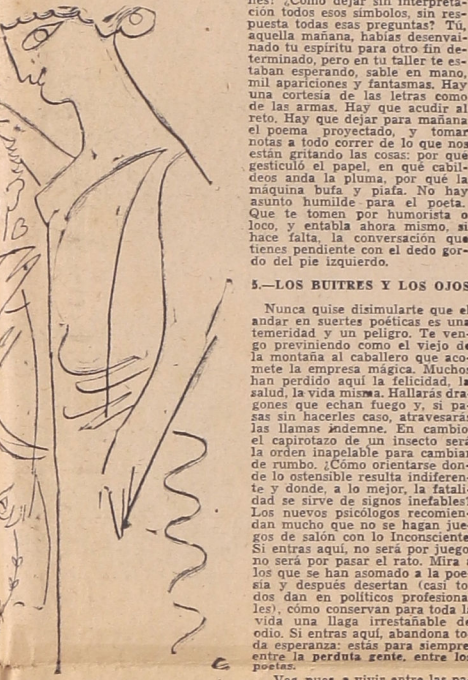
lenguas proceres; y un altísimo ejemplo de amorosa y operosa consagración, de excepcional propiedad y amor a su oficio; y maestría perfecta en su persistente y claro ejercicio profesional y vital. Imposible olvidar, por otra parte, que Reyes mereció bien de la Patria, cuando dió sus "mejores años"—los que él, por lo menos, estima tales—a nuestro Servicio Exterior, iluminando desde Méjico y ganándose—y ganándose—amigos y admiradores, lo mismo en España o Francia que

ya, dichosamente, en la etapa de la curiosidad por los dialectos, como Alfonso Reyes lo ha explicado alguna vez.

El pensamiento puede atravesar las fronteras y los continentes sin ser obstruido por banderas nacionalistas en que se exige visado y pasaportes. Alfonso Reyes es una de las más grandes figuras literarias del continente latinoamericano, precisamente a causa de su cosmopolitismo y de su espíritu, que tiende hacia lo universal. De ello ha dado prueba con su pluma de poeta y de filósofo. Sus preocupaciones morales son las de todos los hombres de buena voluntad en el mundo entero.



Paris, 1923.



5.—LOS BUITRES Y LOS OJOS

Nunca quise disimularle que el andar en suertes poéticas es una temeridad y un peligro. Te vengo previniendo como el viejo de la montaña al caballero que acomete la empresa mágica. Muchos han perdido aquí la felicidad, la salud, la vida misma. Hallaras dragones que echan fuego y, si pasas sin hacerles caso, atravesaras las llamas yéndeme. En cambio, el capotazo de un insecto sería la orden inapelable para cambiar de rumbo. ¿Cómo orientarse donde lo ostensible resulta indiferente y donde, a lo mejor, la fatalidad se sirve de signos inefables? Los nuevos psicólogos recomiendan mucho que no se hagan juegos de salón con lo inconsciente. Si entras aquí, no será por juego, no será por pasar el rato. Mira a los que se han asomado a la poesía y, después, desertan (casi todos dan en políticos profesionales), cómo conservan para toda la vida una llaga irremediable de odio. Si entras aquí, abandona toda esperanza: estás para siempre, entre la perdula gente, entre los poetas.

Vas, pues, a vivir entre las palabras; ¿has considerado a lo que te expones? Las palabras no nos dan tregua. ¿Qué brega la de las palabras? De día, de noche, en la vigilia o en el sueño, solas o el montón, a reñón y a lanza sobre nosotros, helas aquí, hipertrofiadas con la sangre que les das a beber, raras, animales de otra creación, disparates que roban vida en tus entrañas, pesadillas hechas de ti mismo, bocetos de otra fauna a lo Jerónimo Bosco. De tanto usarlas, las palabras se han robustecido adentro de ti; reclaman su autonomía como Irlanda y como la India propia; aspiran de vez en cuando a ser organismo, un cáncer psíquico cuyos síntomas no puedes negar que te complacen; haces creer en la inspiración. De repente, en un claro de tu conciencia, caen palabras como llovediz del cielo, y la emprenden, cuchicheando, a veces—y aquí está el peligro—determinan tus actos.

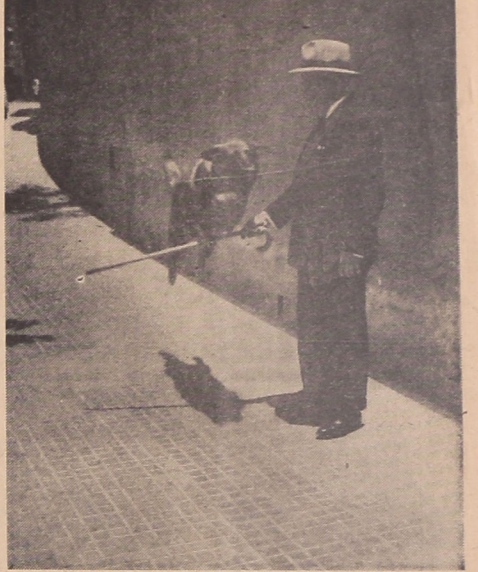
(Cuando yo buscaba un piso en París tuve que andar mucho. Visité, en el Quai de Passy, el

departamento que había sido de Paul Adam. Desde allí se veía el Sena con barcas y farolillos de colores. "Venise à Grenelle!" solía decir Paul Adam. Pero aquel departamento era demasiado relicario: cualquier nuevo huésped era un intruso. Había que respetar la última caligrama de la vida, el último cigarro que fumó el maestro, la mancha que su cabeza dejó en el respaldo del sillón. Adentro de mí sonó una voz: "Te se puede vivir entre la ceniza sagrada". Sin darme cuenta de que las palabras ya habían escogido por mí, rehúse la proposición y seguí frente. En el Quai de Tokio, estoy ya dispuesto a tomar otro piso, también con ventanas sobre el Sena. Abajo, el río corre turbulento: "amaro!" murmura mi voz. Y cuando casi estoy decidido o creo estarlo, sueñan en mi interior con timbre a la vez impalpable y claro, estas palabras: "Río de Agua de Carabana!" La repugnancia del agua purgante tuerce sin remedio mi voluntad, y desisto de alquilar el piso!). Y las palabras, que acaso comenzaron su aventura entre sueños, se atreven a la plena vigilia, gastan los muletas que aislaban la conciencia y la subconsciencia y quieren su parte en la razón. Un día las palabras se coaligaran contra

mo —el grande crítico del "Tránsito de Amado Nervo" y el magistral editor primero de sus Obras Completas" (Madrid, Biblioteca Nueva, vols. I-XXVIII, 1920-28), nos expresó su alentadora alegría al vernos sucederle —con no menos amor, aunque tan inferiores por lo demás— en el "cuidar la dulce herencia de Nervo".

Cosas que aquí recordásemos —con previa petición de todos los precisos perdones— como un no desdenable complemento de su excelencia humana y cordial, en lo público y en lo privado, que colma —ejemplarmente— la de su arte y su magisterio. Y testimonio —este pequeño nuestro— al que nada sabríamos añadir, si no es un íntimo voto —que el muy buen sabe— por su felicidad más cabal, y por sus días colmados para gloria de nuestra gente, diciéndole ya aquí con "otra voz"—la que más queremos—:

"Nuestros a tus años no igualen; Tucares tus tesoros no excedan; Principio de ti mismo, te goces Alalo de..."



Ali salta sobre su bastón de diplomático...



1925.—Alfonso con el hombre más alto del barco...

tra ti, se te sublevarán a un tiempo. De pronunciamiento y cuartelazo verbal acaban algunos poetas viejos—Balzac, Heine, Baudelaire—contraída la boca y sin poder articular una sílaba. A Sócrates lo hicieron morir las palabras que en su pecho, a lo mejor, se le palaban HOTENTOTE! y se me rie en las barbas, quitando toda seriedad a mi discurso. ¡Así me compenian mis fatigosos años de servicio en las letras! ¡Cria buitres para eso!

Ancorajes, México, 1951.



El Diplomático en Buenos Aires...